

Madrid Artístico.



Galería cubierta y Bazar de la Villa de Madrid.



Entre la multitud de objetos que por su lujo y por su novedad, llaman hoy día la atención del vecindario de esta capital, ninguno, sin embargo, ha logrado escitarla en tan alto grado como la galería ó pasaje recientemente abierto al público en la calle de Espoz y Mina. No ha habido periódico alguno que haya dejado de hacer mención del establecimiento, alabando todos el lujo, profusión y riqueza de las telas espartas en aquel local, que por su anchura y comodidad, no tiene hasta ahora rival en la corte, y compite dignamente con los magníficos pasajes de París y Londres. Tales han sido en fin, las noticias que con este motivo nos han dado los periódicos, que se-

lo podemos hablar de la material disposición del edificio arquitectónicamente considerado, ahora que la desaparición de las telas que en vistosos pabellones y colgaduras, ocultaban las paredes de la galería, nos permite ver la clase de decoración y los adornos con que los artistas franceses reunidos espesamente *ad hoc* han cubierto la vasta estension de este pasaje.

Dá entrada á esta galería un sencillo arco de medio punto con dos nichos á los lados, coronando el todo una cornisa de buenas proporciones, sobre la cual y en la parte que cae sobre el medio punto, se eleva un pequeño sotabanco que sostiene un grupo de escultura perfectamente proporcionado. Las dos torjas de la puerta, como asimismo la reja fija en semicírculo, están trabajadas con estremada delicadeza y buen gusto. Penétrase por la referida puerta en un vestibulo de mediana estension embaldosado con mármol y de-

corado con pilastras corintias con pedestal. A la altura de la imposta del orden, corre una faja de delicados bajos relieves y la cornisa se halla sustituida por varias molduras de excelente gusto y preciso tallado que sostienen el techo festoneado con una orla de hojas de relieve y en cuyo centro campea un hermoso roseton; en los macizos de los dos lados de la puerta, hay asimismo otros dos rosetones, igualmente prolifos y hermosos. La premura del tiempo no ha permitido sin duda que se dorasen todos estos adornos, como asimismo los capiteles de las pilastras, en cuyo caso hubiera tenido esta decoracion, todo el buen aspecto y magnificencia de que le hace capaz su hermoso conjunto. Dos grandes ventanas laterales, cubiertas con inmensos cristales, dejan percibir á derecha e izquierda, lujosos almacenes, al frente otra ventana cerrada igualmente con otro cristal de iguales dimensiones, permite ver la galeria en toda su estension, y dos puertas situadas á entrambos lados de ella, dan finalmente paso á la galeria.

Consiste esta en una calle de treinta pies próximamente de ancho, cubierta con una bóveda rebajada, de cristales. Los dos lienzos de esta galeria se hallan repartidos en piso bajo y entresuelo, con balcones este último al pasaje, y en los dos extremos que corresponden á los vestibulos arriba mencionados, hay sobre estos dos espaciosas tribunas, por las que se comunican los entresuelos de ambos lados. En toda la estension del piso bajo, al que se entra por varias puertas, al nivel del piso de la galeria, hay un solo mostrador que alcanza de un extremo á otro, y que se halla interrumpido en su medio por una escalera que hay en cada lado para subir al entresuelo.

La decoracion de la galeria, no terminada aun difiere bastante de la del vestibulo; entre cada balcon del entresuelo y á la altura del piso de este, se eleva una pilastra sostenida por dos cartelas con capiteles arabescos iguales ó muy parecidos á los que se ven pintados en la galeria de San Felipe, reina sobre ellos una cornisa compuesta de multitud de miembros minuciosamente tallados, que corre todo alrededor de la galeria, y las dos tribunas de que hemos echo mencion anteriormente, tienen ambas balaustradas profusamente trabajadas, y en cuyo medio y acompañadas de ojascas y rosetones, hay practicada una abertura circular, destinada probablemente á sostener algun reloj.

La decoracion finalmente de esta galeria se aproxima mas que otra alguna á la plateresca muy en voga hoy dia allende los Pirineos y que gracias á la moda va invadiendo nuestros pueblos y nuestros edificios. Prescindiendo de que por no hallarse concluida no tiene el efecto que debiera, el adorno de esta galeria, creemos sin embargo, que una ordenacion greco-romana con las modificaciones que exigiese el local, hubiera lucido mas; el arquitecto sin embargo, se ve precisado frecuentemente á seguir los mandatos de la moda y del uso que califican muchas veces por de buen gusto lo que está en abierta contradiccion con el.



LITERATURA.

LA NOVELA ESPAÑOLA.

ARTICULO I.

En el siglo presente, por un efecto sin duda de la civilizacion y del progreso de la inteligencia humana, las cuestiones mas secundarias se han engrandecido, las mas insignificantes han adquirido importancia. Débese esto á ese espíritu de profunda y severa análisis que empleamos en todas las cosas; á ese estudio especial que se hace de las producciones del ingenio, y á la influencia que se les supone en la suerte de los pueblos. Las artes, que en otra edad se consideraban no mas que como puro recreo, tienen en el dia un aspecto mas grave; la literatura, que antiguamente se limitaba á distraer el ánimo y solazarle dulcemente, es hoy un punto interesante en la vida social, y asígnánsele deberes, objeto, y fines hasta ahora estraños á ella. Por eso sin duda ha muerto la égloga y el idilio; por eso las ficciones mitológicas van siendo tradicionales, adelante del que nunca nos holgaremos bastante.

¿Quién nos dijera que los libros de caballeria, memorables siquiera porque produjeron esa obra, que es asombro y admiracion de los siglos; quién nos dijera, repetimos, que habian de tomar nueva forma, de adquirir nueva vida, de ocupar un lugar preferente en la literatura de nuestros tiempos? Porque verdad es que las novelas no son en el dia lo que eran cuando el gran Cervantes se propuso ridiculizarlas; verdad es que han cambiado esencialmente de indole y de carácter; pero no lo es menos que su ascendencia es la que señalamos, y que reconocen por madre comun á aquellas pasmosas historias donde se narraban las proezas de Amadis de Gaula, las aventuras del esforzado Beltrán y de la desvalida Urganda. Hoy no son los sucesos maravillosos los que es preciso escribir; hoy no son los prodigios de valor heroico los que debemos cantar; á lo primero se resiste la ilustracion del siglo; los segundos son dominio esclusivo de la epopeya. Lo que se pide al novelista, al historiador, al poeta, al artista, es una misma cosa; que algo enseñen, que algo digan á la inteligencia del hombre; que le alumbren con la antorcha de la filosofia en las tinieblas de la inesperienza.

Inmenso es el campo abierto ahora á la narracion novelesca; dos medios hay de alcanzar el fin que se propone el escritor: ó creando personajes y tipos fantásticos, ó yendo á desenterrar de los anales de la historia aquellos que mas se distinguieron por sus altas prendas, por sus hazañas guerreras, ó quizá por sus crímenes. Examinemos ante todo la conveniencia y la utilidad de este último extremo, y veamos si ofrece alguna ventaja atendible, ó algun resultado digno de estimarse.—Todo ejemplo, toda leccion, todo axioma, para que produzcan mayor efecto han de ser aplicables á los hechos, á las costumbres y á las ideas de la época en que se establecen. De otro modo la impugna-

cion puede ser fácil, fundada y racional; de otra suerte es licito decir que lo que en un siglo era una verdad incontestable, no pasa de ser hoy una paradoja ridicula sobre inexacta. Comparemos sino nuestra forma de gobierno con el de la antigua Atenas: establezcamos el parangon entre los principios á que se ajustaban los legisladores de la altiva Roma, y los que siguen actualmente, y se verá cuanta distancia ha de haber entre todo lo que abrazan y comprenden, no mas que por el transcurso de los años, y por la rectificacion de las ideas. Nosotros bien sabemos que hay cosas inmutables, que igual indole y carácter tienen ahora que en la infancia de la civilizacion moderna; pero apliqueseles en su aridez, en su sequedad primitivas, y entonces ni se comprenderán siquiera, como no comprendemos ya la heroica barbarie de Bruto, ni la supersticiosa abnegacion de Pompeyo. Así los hechos han de estar al alcance de los instintos presentes; la verdad ha de ser la actual, que si bien reconocemos que aquella es una é invariable, la diversidad de formas la hace aparecer distinta en unos que otros casos.

Estas breves y ligeras consideraciones las hemos espuesto tan solo para venir á parar á un punto que nos proponemos discutir y esclarecer convenientemente; para examinar en fin que es la novela histórica, que debe ser, y que utilidad positiva puede resultar de ella. Comenzaremos por decir ante todo que nosotros no concebimos ni aceptamos ese género; porque ateniendonos á las bases que hemos sentado antes, lo juzgamos insuficiente é inútil para llenar las exigencias de la edad presente, que busca en todo un objeto grave y determinado.

¿Qué es la novela histórica?—Una narracion mas ó menos fiel, mas ó menos exacta, de sucesos preteritos, amoldada á las intenciones del novelista, desfigurada segun conviene á sus propósitos, y las mas veces ridicula é infiel.—¿Puede ser algo mas que esto?, por cierto que sí; pero entonces ha de faltar precisamente á las condiciones de su existencia; entonces ha de perder su amenidad, su interés, su ligereza, para convertirse en un curso indigesto de historia que nadie leerá; las mugeres porque se verán burladas en su esperanza y arrojarán el libro con enojo; los hombres porque preferirán la historia en su verdadero terreno, narrada con la detencion conveniente, con la severidad que le es propia, con la exactitud indispensable. El que busque instruccion sana y esté sediento de estudio, no irá seguramente á beber en aguas tan turbias: el que desee divertir el ánimo, tampoco se contentará con aquello que le recrea á medias: por último, los que exigen un corolario moral, un principio filosófico en toda obra literaria, no quedarán satisfechos si las cuestiones que se resuelven y que se dilucidan, si las consecuencias que se deducen, no son aplicables á las necesidades, al espíritu, y al gusto del siglo en que vivimos.

No se infiera de aquí que nosotros negamos la posibilidad de escribir una novela histórica que, faltando á las reglas que hemos apuntada, sea obra de subido precio, de inestimable valor literario. Sin duda que las producciones del génio siempre son grandes; y por eso Byron aun en sus extravíos es sublime, Víctor Hugo basta en *Han de Islandia* es admirable, y Schiller ni en su *Wallenstein* parece difuso. Esto nada prueba en contra del sistema general que sobre es-

te ramo de la literatura nos proponemos desenvolver, ni inválida ninguna de las razones que hemos espuesto: no negamos nosotros la bondad, la esencia de una obra de ese género; lo que no concedemos es que satisfaga las exigencias de la época, ni que esté á la altura de sus adelantos.

Revolviendo cronicones, investigando manuscritos, estudiando profundamente la historia, es fácil hacer retratos que sorprendan y cautiven por su maravillosa semejanza; referir las batallas mas célebres y sangrientas; describir minuciosa y cumplidamente el traje de este, la armadura de aquel, el casco del otro; lo que no es posible por mucho que se desentierren pergaminos, es ilustrar á la generacion presente en lo que es relativo á sus vicios propios, á sus instintos, y á las leyes que la mueven y la gobiernan. Aquí es donde nosotros fijamos el terreno legitimo del novelista; aquí es donde está la importancia verdadera de su objeto; aquí es donde puede hacer alarde de su espíritu de observacion, de su sana filosofia, de su severa moralidad.

Todo esto, dado que á la literatura se le conceda el poder que generalmente se la supone; dado que sirva para ridiculizar los vicios, para corregir las costumbres, y para rectificar las ideas; pero si tanto no se le otorga, todavia nos falta esponer una razon de gran peso y de fácil inteligencia. Casi todos los escritores antiguos, al escoger época para sus obras, hacianlo en la suya propia; de esta suerte, describiendo las costumbres de entonces, reflejando el espíritu de su tiempo en el espejo de sus escritos, hoy nos sirven de seguro dato para conocer y estudiar las edades pasadas. ¿Qué mejor copia de los sentimientos, de las pasiones, de los hábitos del siglo XVII que las comedias de Calderon, de Tirso, de Lope y de Moreto? ¿Por qué es ese mismo siglo el que mas vulgarmente se conoce, sin que sea razon el suponer que es porque entonces se hallaba en su apogeo la monarquía española, cuando es así que comenzaba á la sazón su decadencia? Por ese saludable influjo que nosotros reclamamos de la literatura; porque los autores dramáticos, trabajando por su gloria y por la de su país, facilitaban un conocimiento provechoso y grande: el de su época.

Hé aquí el principal argumento, el de utilidad, el de conveniencia, que tenemos en apoyo de nuestra opinion; y dilucidados los puntos mas caridosos de ella, espuestos, si bien brevemente, los motivos que nos inducen á preferir la novela contemporánea á la novela histórica, faltanos determinar la manera de que la concebimos nosotros, teniendo antes una mirada á la Francia, donde este género de literatura alcanza pasmosa celebridad, y donde son tantos los autores que nos pueden servir de modelo; porque triste es decirlo, como imposible ocultarlo: pasó el tiempo en que Guillen de Castro, Lope de Vega, Calderon y Moreto eran imitados por Corneille, Racine y Moliere; entonces estaba en relacion con nuestra superioridad política nuestra superioridad literaria: ¿hoy podemos decir lo mismo por desgracia!

Jorge Sand, Eugenio Sue, Balzac, Federico Soulié, son casi igualmente populares y conocidos en España que en Francia; por eso en otro artículo examinaremos las cualidades y el sistema de cada uno de ellos, para ver cual se adapta mas al carácter á las costumbres y á las simpatías de nuestro público, que hoy devora ávi-

clamente las concepciones de aquellos famosos autores.

RAMON DE NAVARRETE.

En casa de Pero-Núñez.

LEYENDA ESPAÑOLA.

CAPITULO II.

EL ESCUDERO.

Año y medio había transcurrido después de la caída y horrible aparición, sin ocurrir novedad que sea digna de contarse, salvo los ruidos de grillos y cadenas que todas las noches y á una misma hora se oían en aquella casa espantosa. Ocurrió entonces la llegada al pueblo de un oficial aventurero (*alferez* dice la crónica), el cual después de una ausencia de catorce años, durante la cual se había distinguido notablemente en sus escaramuzas con los moros, volvía al hogar doméstico con el doble deseo de descansar algun tiempo de sus fatigas militares, y de abrazar á sus padres, que á la cuenta debían de ser ya viejos. Lo eran tanto en efecto, que cuando el oficial llegó al pueblo se halló con la novedad de que padre y madre eran muertos, prueba inconcusa de ancianidad y decrepitud, porque, como dice la crónica, la vejez no consiste en la edad, sino en tener la muerte mas cercana estendiéndose con este motivo, en una porcion de reflexiones morales, que por no entorpecer la marcha de la narracion, dejó de transcribir con mucho sentimiento mío. No dice la historia si el oficial era alto ó bajo, delgado ó robusto, de mucha ó de poca edad, siendo tal su descuido ó omision en punto á enterarnos de sus señas, que ni aun de su nombre hace mencion, contentándose con llamarle simplemente *el alferes*, y con atribuirle la nota de militar valiente, cualidad tan esencial en los de su profesion, como en la muger el recato. Tampoco dice si lloró ó no lloró cuando recibió la noticia de la muerte de sus padres en el momento mismo en que con tanta ansia se dirigía á abrazarlos, lo cual es tanto mas de extrañar, cuanto entreteniéndose en pequeñeces que nada hubieran perdido en omitirse, no era cosa de pasar por alto el sentimiento que el alferes hizo ó dejó de hacer cuando supo la infausta noticia.

Hace, empero, mencion de una circunstancia, que para nuestro propósito es la mas esencial, puesto que sin ella nos seria imposible pasar adelante con el cuento; y es, la de haber venido á la poblacion acompañado de un asistente como se dice ahora, ó *escudero*, como le apellida la crónica, del cual hace una descripcion tan completa y circunstanciada, que desde luego se conoce, aunque el autor nada indica, que el tal sujeto va á ser el protagonista de esta rara y peregrina historia. Acaso por esta circunstancia se muestra el cronista tan descuidado ó omiso respecto á lo demás, pues sabido es cuánto influye el tener fija la imaginacion en un objeto para hacernos olvidar los que le ro-

dean. Sea de esto lo que se quiera, y ora se atribuya á olvido, ora artificio, la conducta del historiador, este pinta y retrata al escudero con todos sus pelos y seña-les, como mas arriba hemos dicho. «*Era muy garrido é muy mozo* (son espresiones copiadas literalmente), *é muy devorador otrosí, é llamábase Diego Perez, é tenía crecido corazón, é muy mucho lo quería el bueno de su señor. Ca era de gentil talante y apostura, é muy leal servidor; espejo de escuderos, tamaño como un Hércules é de grande artividad. La color rubicunda, lengua la melana. Si mucho su señor le quería, el muy mucho amaba á su señor, é también á un su can, seyendo los dos una é carne.*» Aquí hay alguna anfibología, puesto que no se manifiesta con precision de quien de los dos era el can, si del criado ó del amo, ni cual de los tres simpaticizaba con otro de los restantes en terminos de parecer carne y uña, pudiendo entenderse lo mismo del oficial y del asistente que de este ó aquel del perro. Pero por lo que sigue después y por el contesto de algunos párrafos en que vuelve á hacerse mencion del animalito, se vé con evidencia que el dueño del perro era Diego, y Diego tambien el que tanto amaba á su can, mereciendo á este la mas leal correspondencia. Lo demás que refiere de Diego se reduce á acabar su retrato, si bien el manuscrito no permite leer algunas particularidades preciosas, tales como el pueblo de donde era natural, el arreo ó vestimenta que llevaba, y otras del mismo tenor; vacio sensible por cierto y que yo no me atrevo á llenar, por no incurrir en alguna inesacridad indigna de la historia. Una sola frase he podido leer con claridad, reducida á decir que el tal Diego Perez era de vez en cuando amigo de burlarse de todo el mundo: *é á las vegadas burlean.*

Era, pues, Diego Perez un mozo de gentil donaire, y tan amante de su amo como de su perro, con todo lo demás que llevamos referido, el cual se alojó con su amo en casa del alcalde á consecuencia de haber hallado aquel cerrada la puerta de la suya con motivo del fallecimiento de sus padres.

Era el alcalde tío del oficial, y no es posible describir el placer que uno y otro sintieron al abrazarse después de tan larga ausencia. Dió cuenta el recién venido, y cuenta muy minuciosa, de todas sus correrias, de sus hechos de armas, de los peligros en que se había visto, de su serenidad y valor en los combates, y de una multitud de hazañas que, como es de suponer, recibían notable aumento de tan imparcial historiador. Que el alcalde escucharia con la boca abierta cuanto el sobrino narraba, escusado es decirlo, y escusado tambien manifestar que comieron y bebieron juntos como de dia de fiesta, acompañándoles la alcaldesa y una hija que el alcalde tenía, de la misma alcaldesa por supuesto. Diego los acompañó tambien á ruegos del alcalde, y no fué su conversacion lo que menos contribuyó al placer y regocijo. Por la tarde salieron á pasear, retirándose á casa apenas se puso el sol, por el mucho frio que hacia, siendo como era entonces el mes de Diciembre, y en extremo rigoroso el invierno. El oficial departió con el alcalde y con su muger todo el rato que duró el paseo. Y Diego con su perro y con la hija del alcalde: *criatura donosa é apuesta, á que tenía Aldonza por nombre.* La muchacha gustó tanto de los chistes y lindísimo humor de Diego, que cuando volvieron á casa, ya no era la Aldonza que de ella había salido: tanto la ha-

bian prendado las bellas ocurrencias del escudero.

Todas estas particularidades y otras muchas que omito, las trae asimismo la crónica. No parece sino que el historiador se veía en la precisión de llenar un folletín ó cosa por el estilo, según lo minuciosamente que las refiere y lo mucho que estira el asunto. Que eso lo hiciera yo, nada tendría de particular, pues todo periodista hace lo mismo; pero incurrir en semejante defecto un cronista tan grave y tan formal, es cosa que no puede sufrirse.

Omitiendo, pues, una multitud de pequeñeces que para nada vienen al caso, digo que apenas se puso el sol, dieron todos la vuelta á casa, llegando á ella al oscurecer. Sentáronse á la lumbre, en la cual ardía un monte de leña, desquitándose con usura del frío que habían pasado. El oficial estaba sentado entre el alcalde y su mujer, y Diego al lado de Aldonza. La criada arreglaba la cena, y los años y los recién venidos continuaban agradablemente la interrumpida conversación. El oficial hablaba en voz alta, y Diego y Aldonza bajito: cosa muy natural, si se tiene presente que el primero seguía la narración de sus hazañas, y los dos últimos se decían los que los mozos y las mozas suelen mutuamente decirse cuando mutuamente se agradan y tienen testigos delante. El alcalde y la alcaldesa estaban tan embebecidos oyendo al sobrino, que no echaron de ver el interés y fraternidad que en-

Fué el caso que oyeron llamar á la puerta con ruidos y repetidos golpes.

—¿Quién diablos será á estas horas? dijo el alcalde. Si me llaman para asuntos de justicia, decid que no estoy en casa: esta noche es toda para mi sobrino.

—Son la tía Teresa y el tío Ramon, dijo la criada después de haberse asomado á la ventana, los cuales vienen con sus dos chicos, y me dicen que les abra corriendo.

—¿Teresa y Ramon? dijo el alcalde: ¿qué traerán de bueno?

—Abrid, abrid luego, exclamaron aquellos desde la calle, que venimos muertos de miedo.

—¿De miedo? dijo el oficial. Voto á bríos que esa gente es tacaña.

—Abrid, esc'amó el alcalde, y veamos que es ello.

Subieron en efecto los cuatro que habían llamado, no siendo fácil saber quien de ellos era el que mas consternado venia.

—¡Gracias á Dios! dijo Ramon al entrar. ¡Ahora mas que se hunda el mundo! Estamos en casa del alcalde, y el alcalde es nuestro amigo, y donde está su sobrino el oficial, no puede haber miedo.

—Pero ¿qué es eso? exclamaron todos á la vez.

—¿Qué ha de ser? dijo Teresa temblando. Que acabamos de ver una luz espantosa y siniestra en la casa de Pero-Hernandez (y al pronunciar este nombre, hizo la señal de la cruz), y como nosotros vivimos en la esquina cercana, y como hoy hace años que Pero-Hernandez murió (y volvió á santiguarse), no nos atrevemos á pasar la noche en casa.

—Se oye un ruido espantoso de grillos y cadenas, dijo Ramon.

—Y unas voces que dicen, *Pero-Hernandez!!!*, continuó Teresa.

—¿Pero qué Pero-Hernandez es ese? dijo Diego impaciente.

—Y no es eso lo peor, exclamó uno de los chicos, sino que se oye tambien ahullar un perro; y ahulla como un endemoniado, y ademas de esto....

—¡Un perro! ¡un perro! replicó Diego. Vive Dios que hasta ahora no me habia acordado del mio. ¿Si será él? No tiene remedio; es mi perro. ¡Sí, si lo conozco su voz. ¿Y yo le habia olvidado entretenido con la conversacion? Merecia que me diesen con un leño. Voy al momento á buscarle.

(Continuará.)

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

COSTUMBRES.

LA MAMA.

Labrada por los señores y sujeta donde tanto se ha perdido QUEVEDO.

Oh!... La mamá!

Permitidme, benévolo lector, que antes de copiar los principales rasgos de su fisonomía, vuelva á los buenos tiempos de mi juventud, cuando creía en el amor y buscaba en los costureros algun billete escri-



tre Diego y Aldonza reinaban. Y así hubieran continuado hasta la hora de cenar, si un incidente imprevisto no hubiera venido á sacarlos de su embebecimiento.

to á hurtadillas por una mano cañosa. Permiúdme que me enamore, aunque sea no mas que por una noche, y que escriba versos y que mis labios suspiren y que haya lo de una sortija regalada á el cambio de un bucle envuelto en el sobre de la carta de otro amante: es



menester que yo posea algo de una joven, aunque no sea mas que un clavel deshojado, para que pueda retratar al tipo cuyo nombre sirve de epigrafe al presente artículo.

La mamá es la caricatura de la madre, de esa mujer por excelencia que simboliza en la tierra los afectos más puros y desinteresadas. La mamá es un cambiista que averigua en todos los corazones, que para ella son otras tiendas de amor, donde podrá depositar su hija, que es como si dijéramos, una letra de cambio girada contra su libertad y su bolsillo por una noche de novios.

Oh!... la mamá!... Hé aquí una señora que siempre tiene á mano la virtud y la riqueza: sobre todo la virtud. El oro representa á sus ojos una sociedad mercantil, la sociedad de las empresas anónimas y de las jugadas de Bolsa, pero la virtud se presenta en sus conversaciones como el alivio de la desgracia y el espejo de Dios.

Hé aquí la descripción mas completa del tipo que nos proponemos presentar al benévolo lector. La mamá frisa en los cincuenta y tantos años y en su semblante se echa de ver el rigor de un dómine y la amabilidad de una bailarina. Su aspecto es reflexivo y desconfiado, y como quiere pasar por señora de mucho mundo, abusa de los axiomas y las sentencias como un recién licenciado en derecho. Su andar es mesurado y sus miradas tan penetrantes como disimuladas. Acostumbra también á decir que oirá una misa á la madrugada del día siguiente, que tendrá necesidad de comprar blusas y encajes al medio día en casa de Gines, y que comerá al anochecer en la fonda de Perona. Lo primero por devoción: lo demas, según ella, por economía. Por lo regular cumplé mucho mejor con Dios que con el dueño de la fonda ó el acaudalado comerciante.

La mamá debe tener á su lado una joven de quince á veinte años; flor sensible y delicada que se dobla al menor céfiro de palabra de matrimonio. Ambas son dos ramas que pertenecen á un mismo tronco y el vendaval de la desgracia produce en sus corazones un murmullo de resignación evangélica, digno de los claustros de un convento.

La educación de la niña es una especie de academia de esgrima donde la mamá le señala los *cortes* y *reveses* que debe emplear contra los hombres, enemigos disimulados de las mugeres. Nos explicaremos. Acontece, por ejemplo, que la niña es convidada á uno de esos bailes de confianza que, por una coincidencia digna de contarse, empiezan cuando se cierran las lonjas y los almacenes, y en la noche anterior la mamá le hace ver la conducta que debe observar con su amante y los *recortes* que es menester que emplee con los que bajo el pretexto de bailar con ella un rigodón le declaren su amor por medio de pastillas de goma.

La niña á la noche siguiente es un mero discípulo de su *mejor amiga* y aun acontece algunas veces que olvidándose de un cambio de sillas ó de apelar á cierta tos impertinente, vuelve la cara hácia su consejera y esta por medio de una leve inflexion en su boca ó de un guiño tan rápido como el pensamiento, le señala la silla que debe ocupar ó le dice que perderá su flor... comprada en la plazuela de Santa Cruz, es decir, la flor que trae en la cabeza, sino la sujeta de nuevo con un alfiler.

Por este motivo los galanes de la interesante Emilia (que algun nombre ha de tener esta niña) vienen y van del lado de la mamá al de su hija y reciben aquí consejos y allí suspiros, y traen acá cartuchos de dulces y llevan allá yemas acarameladas y almendras aromáticas.

La mamá por lo regular para que sus vecinos no puedan murmurar de su conducta irreprochable, y prestando que ha dejado su habitación confiada á una criada muy dormilona (criada que desaparece al menor contacto con la realidad), se adelanta una hora á los demas para retirarse de la reunión, y llueven entonces los ruegos y las súplicas para que permita bailar á Emilia un cotillon. La mamá se resistió al principio, despues vaciló, hace un gesto á su hija como diciéndole que puede despedirse de tales diversiones y cuenta las vueltas y las figuras, hasta que dos ó tres jóvenes le entregan el rico tesoro que posee para hacer la felicidad de un marido.

Nuestros lectores oyerán que la mamá no tiene en que emplear su imaginación durante el baile, pero sucede todo lo contrario porque no solo observa los modales y galanterías de los jóvenes que disputan la mano de Emilia para bailar, sino que pregunta y averigua, valiéndose para ello de alguna otra mamá ó del niño de la casa, la vida y milagros de aquellos pisaverdes, que á pesar de sus botas charoladas y su pelo rizado conservan un olor á trastienda ó á meritório en cualquiera oficina subalterna de la corte.

Al retirarse la mamá, uno de los galanes, el mas favorecido, el que ha conseguido una sonrisa, una barilla del abanico rota cuando ha declarado su amor; el que ha merecido algunas miradas de Emilia cuando bailaba con los otros jóvenes y que se sentase cerca de él despues de perder repetidas veces el compás en un wals tocado en un piano desahinado, y acompaña-

do por el taraleo del hijo mayor de la casa que hacía de bastonero; este galán ofrece su compañía a la mamá y esta la acepta después de algunos minutos de indecisión, en los que Emilia le dirige una mirada persuasiva y el galán una sonrisa afectuosa, procurando sin embargo que la niña vaya delante y que su mano sea apoyada en el poco suave guante de su presunto yerno. (Con este son nueve los que han declarado su atrevido pensamiento a Emilia.)

Entre tanto que no llegan al portal de su casa, la mamá, venga ó no venga a cuento, le hace ver al galán que los bailes son la perdición de las muchachas, y que Emilia debe despedirse de ellos, porque una joven gana mucho mas, retirada en su habitación y ocupada en las faccenas domésticas. No satisfecha con este alarde de educación severa y eremítica, ya sea por el flato que regularmente padecen todas las mamás, ya por la palidez que echa de ver en el semblante de Emilia, refiere un esceso que han hecho por la mañana comiendo de fonda, ó la circunstancia de haber almorzado tarde, gracias á la visita de un primo Intendente de rentas, muy rico por mas señas, ó de un cuñado general que no está en candelero, segun dice, porque no pertenece al partido dominante, ó de un amigo de su marido. (Q. E. P. D.) Marqués del Ventorrillo.

El galán que cuando mas es un escribiente de procurador, se sorprende al saber el rango de esta familia desgraciada y allá para sus adentros echa sus cuentas y ve en esta relacion amorosa un tanto por ciento de interés y fortuna. El Intendente en rentas debe interesarse por él, si llega á ser esposo de Emilia, el ministro actual puede venir al suelo y el general favorecerle, y el Marqués debe necesitar en su archivo una oficina con escribientes bien pagados. El galán exhala un suspiro al cual corresponde Emilia llevando los ojos al cielo, la mamá tose una y dos veces, y luego vuelve á anudar el hilo de la conversacion para murmurar de algunas jóvenes del baile, por su desenvoltura y poco recato.

¡Desventurado mancebo!—Ignoras que el Intendente en rentas es un empleado cesante que habla mal de todos los gobiernos porque ninguno le vuelve su destino, que el general es un capitán graduado de teniente coronel, de esos militares viejos cuyas canas asoman por debajo de un bigote estremadamente rubio y que gastan capota con embozos blancos, y que el Marqués del Ventorrillo es un mayorazgo de provincia, que ha derrochado sus bienes sobre el tapete de las casas de juego de su pueblo.

Aun es hora de que te apartes del peligro: advierte que viene encima el verano con sus baños, sus botellas de cerveza, sus bromas en Carabanchel, sus heladas y sorbetes, ... pero ya no puede ser, porque acaba de llegar, llevando del brazo a la mamá y a la niña, al portal donde vive esta virtuosa y retirada familia.

La mamá, sin *ejemplar*, porque le ha caído en gracia la amabilidad y cultura de este joven, le ofrece la casa y desde luego le previene de que no la encontrará alhajada como en otros tiempos, porque los trastornos y las enfermedades han continuado la obra empezada por el mal pago de las viudeces y la usurpacion de unos bienes que un pícaro administrador de cualquier pueblo (cuanto mas lejos mejor) ha tenido la descervgüenza de llevar á cabo.

Como dice la mamá al despedirse del galán.—De una viuda todas hacen burla, y si viviera su marido otra sería la suerte de Emilia educada en un colegio y con una dote de quince á veinte mil duros.

A la media hora, gracias á los fósforos de cerilla, se aruestan la mamá y Emilia y entablan de cama á cama una no interrumpida conversacion en la cual la niña le revela todo lo que le han dicho los jóvenes del baile (excepto algunas particularidades que las hijas mas candidas se callan) y la contestacion que les ha dado, y la madre le refiere lo que ha observado y le aconseja que debe dejar á Gabrielito y Romualdito (la mamá usa de los diminutivos para hacer mas dulces y sabrosas sus palabras) por el joven que las ha acompañado en esta noche. La pregunta despues si ha echado en agua los garbanzos, dá media vuelta y de pronto empieza á roncar sin cuidados ni zozobras. La niña se arregla las trenzas de su pelo, coloca debajo de la almohada algunas pastillas, apaga la luz y buenas noches. ... Al poco rato duerme con ese voluptuoso abandono que por lo rosado de las mejillas y el desorden de los linos que unas veces exajeran y otras tantas ocultan muchos tesoros de amor, puede enardecer la imaginacion de un cenobita.

Despues que el galán ha cumplido como caballero haciendo su visita de etiqueta y que, por los repetidos encuentros que han tenido, se cobra de parte á parte alguna franqueza, la mamá echa mano de todos los recursos para alucinar la imaginacion del joven y obligarle á las exigencias mas disimuladas.

Una mañana que es sorprendida almorzando de mala manera finje al poco rato que abren la puerta y pone el grito en el cielo, reprendiendo á la criada porque ha tardado tanto en la compra. La niña está en ascuas porque conoce el genio vivo de su mamá, el galán quiere levantarse para aconsejarla que no se incomode porque le puede ser fatal para sus ataques reumáticos, pero Emilia le detiene entre aturdida y serena dirigiéndole una amorosa reprension por su tardanza ó elogiando el color del clavel que trae en el ojal de su levita, clavel que va á pasar á su mano y de su mano á su cabeza. ¡Santo cielo!... Era una friolera lo que iba á sorprender el galán!... La criada es un ente imaginario, tal vez el velm dá sobre que está sobre la mesa... la criada es un personaje fantástico que evoca la mamá para que baje por la chimenea y arregle los pucheros del hogar: tal criada no existe.

La niña se dirige al tocador para ver como ha puesto el clavel sobre su pelo negro y á la sazón llega la mamá encendida de cólera. Emilia la reprende porque se incomoda sin provecho, el galán le hace ver la que peligra su salud con permitirse estos desahogos de su carácter violento y aquella no hace mas que contestar al uno y al otro.—Y bien, ¿quieren VV. que una no se incomode!... ¿y qué diría V. sino fuese persona de confianza y nos viera almorzar con una servilleta por mantel y sin mudar platos para la ensalada de apio...? Oh! déjenme VV. ...

Otras muchas escenas de esta hilaza tienen lugar con el tipo que no perdemos de vista en este artículo.

La mamá, reprendiendo la excesiva modestia de Emilia, hace diariamente pública almoneda de las habilidades de su hija. Desde el humilde bordado en cañamazo hasta el difícil á dos caras en papel, y desde cortar patrones de un vestido de calle hasta hacer una camiso-

la en cinco días no perdona el hacer mérito de la destreza y laboriosidad de su hija. Si el galán tiene un poco descosidos sus tirantes, al otro día ya empieza la niña unos nuevos (que le costarán doble que si los compra en la tienda) sin perder en la cuenta lo de ocultarlos y no ocultarlos cuando llega y de preguntarle si casarán bien las letras *E.* y *M.* para una cifra. Si ha tenido la debilidad de decir que le gustaban las aceitunas ó las sardinias en conserva, al otro día almerzan, por casualidad, despues de su llegada y las presentan en los postres para hacerle este pequeño obsequio.

(Concluirá.)

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Se ha repartido el cuaderno sexto de la HISTORIA DE INGLATERRA por Oliverio Goldsmith, traducida por D. Angel Fernandez de los Rios, y con él tres primorosas láminas tiradas aparte. Siendo este cuaderno

el último de los ofrecidos *gratis* á los suscritores del SIGLO y SEMANARIO PINTORESCO que eligieron como premio la HISTORIA, los abonados residentes en provincia se servirán adelantar el precio de los siguientes en los puntos de suscripción, ó remitir en carta franqueada una libranza sobre correos á favor de nuestro editor. En Madrid no hay necesidad de adelantar nada, el precio de cada cuaderno se satisface al tiempo de recibirle. Agradecida la Empresa á la buena acogida que han merecido sus publicaciones, ha resuelto que los suscritores al SIGLO y SEMANARIO que continúen siendolo á la HISTORIA, disfruten (de la ventaja de un real por cuaderno que se hace á los suscritores á todas las obras de la SEMANA PINTORESCA: tambien ha dispuesto que las personas que se suscriban á cualquiera de las publicaciones del Establecimiento, terminado que sea el mes de marzo, no tengan ya opcion á regalo alguno de los ofrecidos en el prospecto general de las obras de la casa.

PELIGROS DE MADRID.



Tambien en las aeras hay privilegia.